

el eterno regreso de alemania

se acaba el "milagro económico"
y reaparece el gran ejército

Por EDUARDO HARO TECLEN

NO sólo de pan vive el hombre: y el peligro que le acecha será siempre el mismo si su pensamiento no domina su acción, si su fuerza no está sublimada en la contemplación o en la imaginación o incluso en la soledad del recogimiento. Sin el elemento platónico, sin la conciencia socrática, sin el valor cristiano de la simplicidad, el peligro de la «hybris» será permanente, incluso si las capacidades de un pueblo provocan el asombro y la admiración del mundo. Un escritor alemán, Ernst Glaeser, que acaba de morir, precisamente cuando aparecía uno de sus grandes libros, «Grandeza y miseria de los alemanes», ha diagnosticado así el mal de su país. Un cierto pudor le ha llevado a utilizar una palabra griega cuando tenía precisamente que señalar el gran defecto. Cualquier diccionario nos da la traducción. Hybris: orgullo desmesurado que alcanza la manía de grandeza. El dedo de Glaeser está puesto en la llaga de la Alemania de hoy.

Todo el noticiario político de estos días ha pasado por Alemania. A veces, incidentalmente: pero no sin que esta incidencia pase sin alcanzar de lleno el corazón político alemán. El coronel Argoud ha sido raptado en Munich y la misteriosa cuestión ha creado un gran debate en el Bundestag. Washington anuncia que va a reanudar sus conversaciones con la URSS acerca de Berlín: toda Alemania se conmueve. Y cuando el ministro de Defensa alemán, Von Hassel, va a Washington a conferenciar con Kennedy, quien se conmueve es el mundo. Esta ha sido, probablemente, la noticia más importante de la semana, aunque la más espectacular haya sido la del rapto de Argoud.

hipótesis en torno a argoud

Nadie sabe aún cuál ha sido el misterio del rapto del coronel rebelde. El mismo lo ignora todo: fue detenido por unos policías (aparentemente alemanes) en Munich, drogado y, durante su sueño, conducido a París y entregado a la policía francesa. Nadie cree la versión oficial —la de que sus mismos compañeros de la OAS le han entregado «por traidor»: versión probablemente inverosímil porque Argoud seguía siendo el cerebro y la acción de la

OAS— y se creen muchas otras. La primera, que ha sido obra de la policía secreta francesa. La segunda, que los autores fueron los militares franceses de la guarnición en Alemania. La que recorre el mundo en este momento es la de que Argoud ha sido víctima de la CIA (el Servicio de Información de los Estados Unidos). Dice esta versión que el coronel había entablado relaciones secretas con Estados Unidos. Pretendía aprovecharse del duelo entre Kennedy y De Gaulle para ofrecer a los americanos una garantía de colaboración total en cuanto el «nuevo régimen» de la OAS se implantase en Francia, régimen que se iniciaría con una gran purga de comunistas y de elementos de izquierda y que continuaría con la aceptación total de las exigencias americanas en cuanto a política militar. Washington quizá se había comprometido demasiado en estas conversaciones; tal vez la noticia había llegado a De Gaulle y los americanos han decidido cortar por lo sano organizando esta fabulosa y humillante operación. En todos los casos se habla de una colaboración estrecha de la policía alemana. No se concibe que un hombre que vivía vigilado por la policía alemana haya podido ser raptado y llevado al extranjero sin, por lo menos, una negligencia de quienes le habían dado hospitalidad. Sobre todo cuando la historia trágica de nuestro tiempo nos ha enseñado que la policía alemana es una de las más competentes del mundo. Y si la policía lo ha permitido, es porque el Gobierno, a su vez, lo ha tolerado.

De todas formas, el asunto en sí tiene solamente una importancia sensacionalista: no influye mucho en la marcha del mundo. Tiene, ciertamente, amplias resonancias morales capaces de preocupar a



El cabecilla de la O. A. S., Argoud, fue detenido por unos policías (aparentemente alemanes) en Munich. Tras ser drogado, fue conducido a París.



El Reichstag en los tiempos de mayor esplendor del nazismo. Ardió el 27 de febrero de 1933. A menudo, la historia de aquel día se ha tergiversado muchísimo.

quienes tememos seriamente por la «fascistización» del mundo que se denomina a sí mismo «libre».

el futuro canciller visita a kennedy

Mucha más trascendencia ha tenido la visita de Kai-Uwe von Hassel a Washington. El ministro de Defensa alemán ha sido recibido con honores extraordinarios. Para Washington se trataba de quitar un amigo a Francia. En parte lo ha conseguido, puesto que Von Hassel ha declarado que Alemania estaba dispuesta a la creación de la «fuerza multilateral», declaración que está contrapuesta al tratado con Francia. Washington ha conseguido también que Alemania se muestre de acuerdo oficialmente con la continuación de las conversaciones con la URSS acerca de Berlín. Como Londres ha acogido esta idea con verdadero entusiasmo —los dos partidos ingleses son hoy partidarios de un «entendimiento global» con la URSS—, Francia se ha quedado también sola en esta cuestión.

Pero el exceso de atenciones que los americanos han dispensado a Von Hassel se debe esencialmente a que, según los «cerebros electrónicos», Von Hassel puede llegar a ser el Canciller de Alemania en el momento próximo en que Adenauer se retire. Se piensa incluso en que si Erhard llega a ser Presidente de la República Federal, tenga que llamar a Von Hassel para ser jefe del Gobierno. Los americanos tenían emplazado en el Gabinete alemán un hombre que era prácticamente suyo: el ministro de Defensa Strauss. Cuando Strauss cayó víctima del escándalo del «Spiegel», los Estados Unidos no movieron un dedo en su defensa, sino que se apresuraron a tratar de sumarse al «hombre nuevo», a Kai-Uwe von Hassel.

Von Hassel tiene ya un pie puesto en América: su hermano, que se ha nacionalizado americano. El mismo es de formación británica. Tiene cuarenta y nueve años y nació en Tanganyika: gran parte de su vida transcurrió en África, y su pasado de jefe de plantación le ha dado una considerable dureza. Ha sido oficial del Ejército nazi, hasta

que en 1945 fue hecho prisionero por los americanos en Italia. La prisión americana fue para él una excelente ocasión de «desnacificarse», e ideológicamente se «pasó» a los americanos, lo cual le valió ser alcalde de Glücksburg —la ciudad de sus antepasados—. Ingresó después en el partido cristiano demócrata, donde fue ascendiendo rápidamente hasta llegar a ser uno de los más jóvenes ministros del Gobierno alemán. Von Hassel es protestante, está casado y tiene dos hijos. El periódico alemán «Der Welt» le define así: «Un hombre enérgico y duro con quien no es fácil trabajar por la rigidez de ideas. Ha seguido con obstinación su carrera política: primero en el plano local, luego en el nacional, y siempre al lado de Adenauer.

el ejército más fuerte de europa

En Washington lo que Von Hassel ha planteado, ha sido la reforma total del Ejército alemán. Incluso, se dice, la necesidad de que Alemania posea armas atómicas (lo cual le está prohibido hasta ahora), en forma que si bien quienes las «utilicen» sean los americanos, los alemanes puedan «disponer» de ellas en un momento dado para vencer una agresión puramente local.

Por el momento, Alemania ha conseguido ya tener el Ejército más fuerte de la Europa Occidental. En este año el Gobierno va a gastar en armas y soldados mil millones de marcos más de los que había previsto. Los cuatrocientos mil soldados que tiene hoy serán quinientos mil antes de que termine el año, además de los encuadrados en servicios auxiliares. Von Hassel ha adquirido en Washington las armas más modernas (otras las han comprado los alemanes en Gran Bretaña). Sin necesidad de estas adquisiciones, Alemania fabrica ella misma armas que se dicen sensacionales. Por ejemplo, el tanque M-48, que se define como el futuro tanque europeo: extraordinariamente manejable y capaz de rodar a sesenta kilómetros por hora en cualquier terreno (precio: 1.550 millones de marcos). En cuanto a la calidad de sus jefes y oficiales, no es preciso decir



Dean Rusk en Washington con Von Hassel, ministro de Defensa de Alemania Occidental. Los «cerebros electrónicos» dicen que Hassel puede ser canciller.

nada: los militares prusianos han suministrado teorías a todos los ejércitos del mundo, han sido los profesores de los mejores generales, han conducido batallas impresionantes... Y, paradójicamente, no cesan de perder guerras, con una sospechosa insistencia. Podríamos ahora volver a la frase de Ernst Glaeser y atribuir a la «hybris» esta tendencia a la derrota.

la muerte del milagro económico

alcanza también la «hybris» a los medios económicos. Es tal vez la misma ley: Alemania crece para morir; construye ejércitos fabulosos para sufrir las derrotas más trágicas y crea milagros económicos para que después se le deshagan en las manos.

Porque es un hecho que el «milagro alemán» se está hundiendo. Un periodista francés, Serge Mallet, lo atribuye a una curiosa causa: al «muro de Berlín». *«Durante quince años —escribe— el régimen del Este alemán ha asumido una gran parte de los gastos «intelectuales y técnicos» de sus adversarios; los miles de millones gastados profusamente por la República Democrática Alemana para formar sabios, técnicos y obreros especializados que luego se pasaban tranquilamente al Oeste con lo que se beneficiaba la economía capitalista alemana sin gastar un céntimo. De esta forma el doctor Erhard se podía pagar el lujo de cantar las bondades del liberalismo y los triunfos de la planificación. Lo mismo se puede decir del «hecho social». La edificación del muro de Berlín ha marcado una fecha en la historia europea: ha puesto a la Alemania liberal enfrente de su verdad.»*

El periodista italiano Sandro Mauri describe de otra forma el fin del «milagro», citando al banquero alemán Falkenhausen: «Alemania es hoy el país de una prosperidad sin beneficios». «El boom ha cesado desde hace algún tiempo —escribe Sandro Mauri—: la demanda de muchos bienes industriales disminuye mientras crecen los costes y la competencia internacional. Las empresas que, por razones de prestigio, no disminuyen los dividendos, reducen en cambio su capacidad de empleo. Los beneficios habían disminuido ya un veinte por ciento en 1961, y se encontrará que han disminuido aún más en 1962 cuando se hagan los balances». Los mismos alemanes declaran su inquietud. El Dr. Berg, presidente del Patronato Alemán, ha declarado rotundamente, en contraposición con las teorías oficiales, que «las tendencias de la economía alemana para 1963 son oscuras». En cuanto al «Journal de Genève» —una de las bíblias de los econo-

mistas de todo el mundo— escribe: «Si se quiere resumir la situación de la economía alemana en este principio de año se podría hacer esta definición: la expansión conoce desde hace muchos meses un descenso sensible y contumaz.»

Algunas personas prevén un nuevo «milagro», producido por un nuevo milagrero: el financiero Münemann, que está introduciendo en Alemania el sistema del «leasing» americano. El «leasing» consiste en la creación de grupos financieros capaces de construir centros de producción industrial completos, y alquilarlos después a empresas sin capital, pero con posibilidades técnicas. De esta forma se supone que podría enjugarse el enorme déficit de capitales que sufre el comercio y la industria de Alemania (un déficit de unos 30.000 millones de marcos, según la banca Herstatt, de Colonia). El problema es que muchos atribuyen a Münemann el papel de «hombre secreto de los Estados Unidos» y de permitir de esta forma que numerosos capitales americanos se introduzcan en Alemania y en Europa (Münemann, en efecto, ha tenido relaciones con la banca Arnhold & Bleichroeder de Nueva York y tiene grandes intereses en la Leasing GmbH de Dusseldorf, formada por capitales americanos).

el eterno regreso

Un gran ejército, una economía que se ahoga por su crecimiento, mezclados con una política paralizada, senil: Alemania vuelve a sus viejos errores. Es extraño observar los fenómenos de memoria del pueblo alemán. A veces, demasiado larga: lo suficiente como para acordarse de sus derrotas y querer vengarlas. Otras veces, tan corta como para no saber que esas venganzas han traído otras derrotas. Un pueblo lo suficientemente duro como para hacer riqueza con sus cenizas, y tan insensato como para no saber en qué punto deben detenerse a gozar de esas riquezas —como lo ha hecho Suiza—.

Ahora se han cumplido treinta años del incendio del Reichstag. Ardió un 27 de febrero de 1933. La historia de aquel día se ha tergiversado mucho. Como se ha tergiversado en su raíz el origen del nazismo en Alemania, del que muchos historiadores partidistas de uno y otro lado han dicho que había venido «por elección popular» (unos, para justificarlo; otros, para culpar a todo el pueblo alemán de la tragedia que se abatió sobre él). En realidad, los nazis se encontraban en 1933 en una posición difícil. En las elecciones de 1932 habían perdido dos millones de votos y sus escaños se habían reducido de 230 a 196. El partido comunista, en cambio, había ganado votos y escaños. Unas nuevas elecciones generales estaban convocadas para los primeros días de marzo. Los pronósticos eran malos para los nazis. No podrían obtener una mayoría de votos necesaria para gobernar...

Fue en ese preciso momento, una semana antes de las elecciones generales, cuando ardió el Reichstag. Hitler, Goebbels y Goering se precipitaron hacia el edificio en llamas. «¡Han sido los comunistas!», aullaron. Inmediatamente sus milicias comenzaron una de las mayores cazas al comunista que haya tenido la historia. Por centenares los comunistas y los sospechosos fueron llevados a los centros del partido nazi, a las comisarias, a los cuarteles, y muchos de ellos asesinados, apaleados. En todo el país, las milicias nazis tomaron el mando: el Ejército les secundó. En estas condiciones se celebraron las elecciones generales, y aun a pesar de ello, el partido nacionalsocialista no obtuvo más que un cincuenta y dos por ciento de los votos. Lo suficiente para iniciar su trágica historia de crímenes y para dejar impregnado al mundo de una serie de secuelas que aún no han desaparecido. Los historiadores más honestos han admitido ya que fueron los propios nazis quienes prendieron fuego al Reichstag y que sin ese acto de historia del mundo quizá hubiese sido muy distinta.

Hoy las ruinas del Reichstag son como un símbolo de la situación de Alemania. A unos metros del «muro de Berlín», desde lo alto de sus ruinas, los centinelas occidentales observan con gemelos los movimientos de Berlín-Este, desde donde, a su vez, los alemanes del Este observan el Berlín occidental: Alemania no se ha repuesto aún de la gran locura... Y un nuevo síntoma es la decisión berlinesa —probablemente fruto de Willy Brandt— de reconstruir el Reichstag, trabajo que se viene haciendo desde hace un par de meses.

Un periodista americano, Rudolf E. Josten —de la Associated Press—, cuenta que ha oído decir a un obrero de los que trabajan en el nuevo Reichstag: «Todo este trabajo, ¿para qué? Alemania nunca volverá a estar unida, y el Parlamento jamás se reunirá en el edificio del Reichstag...»